

Capítulo 1

Puedo soportar tener que vivir en un barco pequeño sin privacidad durante siete largos días, que el sol me convierta en una chica langosta y que los mosquitos se den un festín conmigo, de verdad que puedo —informó Riley Parker a su madre—, pero te juro que si me entero de otra queja o insinuación sexual desagradable del señor Soy-tan-caliente-que-toda-mujer-debería-caer-a-mis-pies, voy a tirar a ese idiota por la borda. Me produce escalofríos que constantemente se relama los labios diciendo que le gusta la idea de estar con una madre y su hija.

Riley lanzó una mirada de asco a Don Weston, el molesto idiota en cuestión. Había conocido a un montón de cerdos narcisistas cuando estudiaba su doctorado en lingüística, y a unos cuantos más entre el profesorado de la Universidad de California, Berkeley, donde enseñaba ahora, pero este se llevaba la palma. Era un hombre grande y tosco, de hombros anchos, pecho en forma de barril y una actitud de superioridad que la irritaba. Aunque no hubiera estado con los nervios de punta, la sola presencia de ese hombre espantoso se los hubiera puesto. Lo peor era que su madre estaba muy frágil en ese momento, y Riley era extremadamente protectora con ella. Sus constantes insinuaciones sexuales y chistes sucios cuando su madre estaba cerca, simplemente hacía que le dieran ganas de empujarlo al agua.

Annabel Parker, una renombrada horticultora famosa por su trabajo en la recuperación de miles de hectáreas de selva tropical brasileña perdidas por la deforestación, miró a su hija moviendo muy nerviosa sus ojos marrones oscuros y su boca, evidentemente, deseando sonreír.

—Desgraciadamente, cariño, estamos en zona de pirañas.

—De eso se trata, mamá.

Riley lanzó otra mirada mordaz a Weston.

El único beneficio que traía la presencia de ese hombre horrible era que planear su muerte le daba algo en qué concentrarse que no fueran los escalofríos que lentamente atravesaban su cuerpo y le levantaban el vello de la nuca.

Su madre y ella hacían este mismo viaje por el Amazonas una vez cada cinco años, pero esta vez Riley sentía como si una nube negra se hubiera cernido sobre el viaje desde el momento en que llegaron a la aldea para buscar a su guía habitual. Incluso ahora, una extraña pesadez y un aura de peligro parecían estar siguiéndolos mientras avanzaban por el río. Se había esforzado por no darle importancia, pero el sentimiento de mal agüero se había apoderado de ella, le hacía sentir escalofríos en la espalda y le suscitaba desagradables sospechas que la mantenían despierta por la noche.

—Tal vez si pudiera cortarle accidentalmente una mano mientras cae por la borda... —continuó con una sonrisa oscura.

Los alumnos de Riley podrían haber advertido a ese hombre que tuviera cuidado cuando ella sonreía así. Nunca era un buen presagio. Sin embargo, la sonrisa se desvaneció un poco cuando miró hacia el agua turbia y vio un pez plateado nadando alrededor del barco. ¿La estaban engañando sus ojos? Casi parecía como si las pirañas estuvieran siguiendo al barco. Pero las pirañas no solían seguir a los barcos. Siempre van a lo suyo.

Echó un vistazo al guía que estaba murmurando algo a los dos porteadores, Raúl y Capa, ignorando a las personas que estaban a su cargo. No tenían nada que ver con los aldeanos que conocían que normalmente las llevaban río arriba. Los tres estudiaban continuamente el agua y parecían muy incómodos. Ellos también se mostraban un poco más alarmados de lo habitual por verse rodeados de un cardumen de peces carnívoros. Estaba comportándose como una tonta. Había hecho ese mismo viaje muchas veces como para estar tan sorprendida con la fauna local. Su imaginación estaba demasiado activa. Aun así... las pirañas parecían estar alrededor del barco, pero no pudo ver ni un destello de plata en las aguas de alrededor avanzando delante de ellos.

—Qué niña tan cruel —la regañó Annabel sonriendo e hizo que su atención volviera a la molesta presencia de Don Weston.

—Es la forma en que nos mira —se quejó Riley. Había tanta humedad que todas las camisas que Riley se ponía se pegaban a ella como una segunda piel. Tenía un montón de curvas y no las ocultaba. No se atrevía a alzar las manos para levantarse su espesa cabellera trenzada en la nuca, pues Weston iba a pensar que lo estaba seduciendo a conciencia—. Yo lo que realmente, *realmente*, quiero es abofetear a ese patán. Me mira los pechos como si nunca hubiera visto otros, lo cual es muy desagradable, pero cuando se queda mirando los tuyos...

—Tal vez nunca ha visto unos pechos, querida —dijo Annabel suavemente.

Riley intentó contener la risa. Su madre podía chafar a cualquiera que estuviera muy enfadado con su sentido del humor.

—Pues si no lo ha hecho, hay una buena razón. Es asqueroso.

Detrás de ellas, Don Weston se dio una palmada en el cuello y muy enfadado fue soltando lentamente el aliento con un silbido.

—Malditos insectos. ¿Mack, dónde diablos está el repelente?

Riley evitó poner los ojos en blanco. Lo que le preocupaba es que Don Weston y los otros dos ingenieros que estaban con él eran unos mentirosos... bueno, por lo menos dos de los tres que iban con él. Decían que sabían lo que estaban haciendo en la selva, pero era evidente que ni Weston ni Mack Shelton, su continuo acompañante, tenían claro lo que había que hacer. Ella y su madre habían intentado decirle a Weston y a sus amigos que su preciado repelente de insectos no les iba a hacer ningún bien. Los hombres sudaban profusamente y el repelente de insectos se diluía más rápido de lo que podían aplicarlo. Lo único que conseguían era quedar pegajosos y llenos de picores. Rascarse solo agravaba la picazón y propiciaba las infecciones, pues en la selva tropical la más pequeña herida podía infectarse rápidamente.

Shelton, un hombre compacto con piel bronceada de color caoba y los músculos tensos, se dio un manotazo en el cuello y otro en el pecho murmurando obscenidades.

—Lo tiraste por la borda, desgraciado. Después de usar el último.

Shelton era un poco más amigable que los otros dos ingenieros y no tan repulsivo como Weston, pero en vez de hacer que Riley se sintiera más segura, su proximidad realmente la irritaba. Tal vez era porque su sonrisa nunca se reflejaba en sus ojos. Y porque siempre estaba observando todo, y a todos los que iban a bordo. Riley tenía la impresión de que Weston subestimaba al

otro hombre. Era evidente que se creía el jefe de su expedición minera, aunque nadie daba órdenes a Shelton.

—Nunca debimos haber viajado con ellos —murmuró Riley a su madre en voz baja.

Normalmente, Riley y su madre hacían el viaje al volcán solas, pero cuando llegaron a la aldea se encontraron con que su guía habitual estaba demasiado enfermo para viajar. Y como se encontraron solas en medio del Amazonas sin un guía que las acompañara a su destino, su madre y ella decidieron unirse a otros tres grupos que viajaban río arriba.

Weston y sus dos compañeros ingenieros de minas estaban en la aldea preparando un viaje hasta los Andes peruanos en busca de posibles nuevos yacimientos para la empresa en la que trabajaban. Otros dos hombres que investigaban una planta supuestamente extinta habían llegado de Europa en busca de un guía para también subir a una montaña de los Andes. Por otro lado, un arqueólogo y sus dos alumnos de posgrado se dirigían a los Andes en busca de la rumoreada ciudad perdida del pueblo de las nubes, los chachapoyas. De este modo decidieron poner en común sus recursos y viajar juntos río arriba. La idea parecía lógica en su momento, pero ahora, tras una semana de viaje, Riley estaba muy arrepentida de haber tomado esa decisión.

Dos de los guías, el arqueólogo, sus alumnos y tres porteadores estaban en la embarcación que iba adelante con una buena parte de los suministros. Annabel, Riley, los investigadores y los tres ingenieros de minas se encontraban en la segunda embarcación con uno de los guías, Pedro, y dos porteadores, Capa y Raúl.

Riley no se sentía segura atrapada en el barco con ocho extraños. Deseaba estar ya a medio camino de la montaña, donde habían planeado seguir por caminos separados, cada uno con su propio guía.

Annabel se encogió de hombros.

—Es un poco tarde para pensarlo de nuevo. Hemos tomado la decisión de viajar juntos y tenemos que estar con esta gente. Vamos a sacarle el mejor partido posible.

Esa era su madre, siempre con el rostro tranquilo cuando se estaba formando una tormenta. Riley no era vidente, pero no le costaba mucho predecir que se avecinaban problemas. Ese sentimiento aumentaba cada hora que pasaba. Miró a su madre. Como de costumbre, parecía serena. A Riley le

pareció que era un poco tonto decirle que estaba preocupada cuando sabía que tenía tantas otras cosas en la cabeza.

Todavía discutiendo sobre el repelente de insectos desechado, Weston apuntó a Shelton con el dedo.

—El envase estaba vacío. Debe haber otros.

—No estaba vacío —lo corrigió Shelton con la voz enfadada—. Solo querías tirarle algo al caimán.

—Y tu objetivo era tan malo como tu boca —intervino el tercer ingeniero, Ben Charger.

Ben era el más tranquilo del grupo. Nunca dejaba de mirar a su alrededor con los ojos inquietos. Riley todavía no tenía una opinión sobre él. De los tres ingenieros era el que tenía aspecto más normal. Su estatura y su peso eran corrientes, y tenía un rostro en el que nadie se fijaría. Se integraba, y tal vez eso la hacía sentir incómoda. Nada en él era destacable. Se movía silenciosamente y parecía surgir simplemente de la nada observando todo y a todos, como si estuviera esperando a que se produjeran problemas. Ella no creía que fuera socio de Weston y Shelton, que estaban muy unidos y evidentemente se conocían desde hacía bastante tiempo. Charger parecía ser un solitario. De hecho, creía que ni siquiera le gustaban los otros dos hombres.

A lo lejos, en la orilla izquierda, su ojo divisó unas nubes blancas que se movían rápidamente. A veces eran iridiscentes, y otras adquirían un tono nacarado cuando se entremezclaban hasta formar un verdadero manto de insectos vivos.

—Vete al infierno, Charger —replicó Weston.

—Cuida tú lo que dices —le aconsejó Charger en voz muy baja.

Weston finalmente dio un paso hacia atrás y su rostro empalideció un poco. Echó un vistazo alrededor del barco y su mirada se dirigió a Riley, a quien descubrió mirándolo.

—¿Por qué no vienes aquí, o mejor aún, que venga tu mami y me lama el sudor? Tal vez eso ayude.

Sacó la lengua mientras la observaba, probablemente pensando que se veía sexi, pero se tragó un montón de bichos y acabó tosiendo y maldiciendo.

Durante un momento terrible, cuando llamó a su madre «mami» y soltó su grosera sugerencia, Riley pensó que se iba a lanzar sobre él y de verdad lo

iba a empujar por la borda. Pero entonces su madre se rió disimuladamente, lo que disipó su ira y dio una patada a su desafortunado sentido del humor. Ella también se rió.

—¿En serio? ¿Eres realmente tan arrogante que no sabes que prefiero lamer el sudor de un mono? Eres tan vulgar.

Vio por el rabillo del ojo que la nube nacarada de insectos estaba cada vez más cerca, y que se ampliaba a medida que avanzaba en formación sobre el agua. Su estómago sufrió un pequeño estertor de miedo. Se obligó a respirar hondo. Ella no era de las que se asustaban fácilmente, ni siquiera cuando era una niña.

Weston la miró con lascivia.

—Puedo ver cuando una mujer me desea, y nena, no me quitas los ojos de encima. ¡Mira tu ropa! Estás pavoneándote para mí.

Movió su lengua hacia ella otra vez mirando igual que una serpiente.

—Déjala en paz de una maldita vez, Weston —soltó Jubal Sanders con un toque de impaciencia en la voz—. ¿Nunca te cansas del sonido de tu propia voz?

Jubal, uno de los dos hombres que se dedicaban a la botánica, no parecía ser un científico que pasara mucho tiempo en un laboratorio. Se veía muy en forma y era evidente que estaba acostumbrado a la dura vida al aire libre. Se comportaba con absoluta seguridad, y se movía como un hombre que se las arreglaba perfectamente en la selva.

Su compañero de viaje, Gary Jansen, por lo que Riley había observado, se parecía más a una rata de laboratorio y era más bajo y delgado, aunque muy musculoso. Era muy fuerte. Llevaba gafas de lectura de montura negra, pero parecía tan aficionado al aire libre como Jubal. Los dos se habían mantenido estrictamente aparte al inicio del viaje, pero en algún momento del cuarto día, Jubal decidió proteger un poco a las mujeres, y se mantenía cerca de ellas cada vez que los ingenieros estaban por los alrededores. Hablaba poco, pero no se perdía nada.

Aunque alguna otra mujer podría sentirse halagada por su protección, Riley no estaba dispuesta a confiar en un hombre que supuestamente hacía su vida en un laboratorio, pero se movía con la gracia y fluidez de un luchador. Tanto él como Gary, evidentemente, llevaban armas. Estaban tramando algo, pero fuera lo que fuera, ella y su madre tenían suficientes problemas y no les hacía falta implicarse en los de nadie más.

—No te hagas el héroe —le espetó Weston a Jubal—, así no conseguirás a la chica. —Hizo un guiño a Riley—. Busca a un hombre de verdad.

Riley sintió que otra oleada de ira se apoderaba de ella y se volvió para mirar a Weston, pero su madre puso suavemente una mano restrictiva en su muñeca e inclinó la cabeza para susurrarle algo.

—No te preocupes, cariño. Aquí se siente como un pez fuera del agua.

Riley tomó aliento. A estas alturas, no iba a recurrir a la violencia para defenderse de su acoso sexual por muy imbécil que fuera ese hombre. Podía ignorar a Don Weston hasta que sus caminos se separaran.

—Pensaba que se suponía que era más experimentado —respondió Riley a su madre con la voz igual de suave—. Dicen que son ingenieros de minas que han viajado a los Andes innumerables veces, pero apuesto a que simplemente han volado sobre las cumbres y que por eso han dicho que ya han estado en la selva. Es probable que no tengan nada que ver con la minería.

Su madre asintió rápidamente y sus cálidos ojos se encendieron.

—Si piensan que esto es malo, espera a que nos metamos en la selva. Van a caerse de las hamacas y se van a olvidar de comprobar cada mañana si hay insectos venenosos metidos en sus botas.

Riley no pudo evitar sonreír ante la idea. Los tres ingenieros supuestamente pertenecían a una empresa privada que buscaba posibles minas en los Andes, muy ricas en minerales. Era evidente que ninguno de ellos estaba muy versado en la vida en la selva, y que no respetaban demasiado a sus guías. Los tres se quejaban, pero Weston era el peor y el más ofensivo con sus constantes insinuaciones sexuales. Pasaba mucho tiempo regañando a los guías y a los porteadores como si fueran sus sirvientes, cuando no se estaba quejando o mirando de manera lasciva a su madre y a ella.

—Te crié lejos de aquí, Riley. Los hombres en algunos países tienen una filosofía diferente con las mujeres. No las consideran iguales. Evidentemente, ha crecido creyendo que las mujeres son objetos, y como hemos venido aquí solas, sin estar acompañadas por una docena de miembros de la familia, piensa que somos presas fáciles. —Annabel se encogió de hombros, pero su buen humor desapareció y sus ojos oscuros se volvieron muy sombríos—. Mantén el cuchillo cerca, cariño, solo para estar más seguras. Sabes arreglárte las.

Riley se estremeció. Era la primera vez que su madre daba indicios de

que también creía que algo no encajaba. Eso sacó las ideas fantasiosas de Riley del ridículo y volvieron al reino de la realidad. Su madre estaba siempre tranquila y no dejaba de ser práctica. Pero si pensaba que algo iba mal es que era así.

Un pájaro cantó en la selva a la orilla del río, y el sonido viajó claramente a través del agua. Para aliviar a su madre de su estado de ánimo repentinamente turbado, Riley se puso las manos en la boca y repitió la llamada. No obtuvo la risa encantada que esperaba, pero ésta sonrió y le dio una palmadita en una mano.

—Es completamente alucinante que puedas hacer eso. —Don Weston había dejado de dar palmadas a los bichos y ahora la miraba fijamente como si fuera una atracción de carnaval—. ¿Puedes imitar cualquier cosa?

A pesar de que el hombre le desagradaba, Riley se encogió de hombros.

—La mayoría de las cosas. Algunas personas tienen memoria fotográfica y pueden recordar cualquier cosa que vean o lean. Yo llamo a lo que tengo memoria «fonográfica». Puedo recordar y repetir prácticamente cualquier sonido que oiga. Esa es una de las razones por las que me hice lingüista.

—Es un gran talento —comentó Gary Jansen.

—¿Verdad? —Annabel pasó un brazo alrededor de la cintura de Riley—. Cuando era pequeña solía imitar a los grillos dentro de la casa para ver cómo me volvía loca intentando encontrarlos. Y que el cielo ayudara a su padre si alguna vez se equivocaba y usaba un lenguaje que no debía delante de ella. Podía repetirlo perfectamente, hasta el tono de su voz.

El corazón de Riley se emocionó por la melancolía y el amor con que hablaba su madre. Se obligó a reír.

—También era buena imitando a mis profesores, especialmente los que no me gustaban. —Les ofreció una pequeña sonrisa traviesa—. Podía llamar del colegio y decirle a mi madre lo maravillosa estudiante que era.

Esta vez su madre se rió y oírla fue un gran alivio para ella.

Riley consideraba que Annabel era hermosa. Su madre era de mediana estatura, delgada, tenía el cabello oscuro y ondulado, los ojos oscuros, la piel perfecta de los españoles y una sonrisa que hacía que todo el mundo a su alrededor sintiera ganas de sonreír. Ella era mucho más alta y tenía una cabellera lisa de color negro azulado que crecía casi todas las noches, no importaba cuántas veces se la cortara. Tenía muchas curvas, pómulos altos y la piel pálida, casi traslúcida. Sus ojos eran grandes y de un color casi imposible de

definir... verde, marrón u oro viejo. Su madre siempre decía que ella era como un salto genético hacia atrás, y que se parecía a una antepasada muerta hacía mucho tiempo. Hasta donde sabía, su madre no había estado enferma ni un solo día en su vida. No tenía arrugas, y Riley nunca le había visto una cana en la cabeza. Pero ahora, por primera vez, observaba cierta vulnerabilidad sus ojos, lo que era tan perturbador como el estruendo que indicaba que se avecinaba una tormenta. Su padre había muerto hacía solo dos semanas, y en su familia los maridos y sus esposas rara vez vivían mucho tiempo después de que faltara uno de los dos. Riley estaba decidida a permanecer cerca de su madre. Ya comenzaba a sentir que ésta se alejaba de ella y que estaba más triste cada día, pero ella se había prometido a sí misma no perderla. Ni por la tristeza, ni por lo que fuera que las estuviera persiguiendo en este viaje.

Temprano por la mañana había visto el último tramo del río principal; los dos barcos ahora tenían que avanzar por un afluente hasta su destino. En las aguas atestadas de juncos, los insectos siempre presentes aumentaban en número por momentos. Continuamente los asaltaban nubes de ellos. Muchos iban hacia el barco como si olieran sangre fresca. Weston y Shelton entraron en un frenesí maldiciendo y golpeándose la piel expuesta, aunque después de comerse un puñado de bichos ambos recordaron que lo mejor era mantener la boca firmemente cerrada. Ben Charger y los dos investigadores soportaban estoicamente los insectos siguiendo el ejemplo de su guía y los porteadores.

La gente local no se molestaba siquiera en golpearlos cuando la nube nacarada descendía en masa. Riley observaba el barco que iba delante y estaba incluso más cerca de la orilla, aunque por lo que había visto, los insectos no habían atacado a nadie a bordo. Detrás de ella, Annabel dejó escapar un pequeño grito sobresaltada. Riley se dio la vuelta y vio a su madre completamente rodeada de una nube de insectos. No atacaban a los demás, y sin embargo cada centímetro del cuerpo de Annabel estaba cubierto con lo que parecían ser pequeños copos de nieve en movimiento.

La «manta blanca». Pequeños jejenes. Algunos los llamaban mini mosquitos. Riley nunca los había investigado, pero sin duda había sentido sus picaduras. Provocaban un ardor como si fueran fuego, y después la picazón era enloquecedora. Sus picaduras una vez abiertas propiciaban que se produjeran infecciones. Riley cogió una manta de la silla de tablas planas, la arrojó

sobre su madre intentando aplastar a los pequeños insectos y enseguida la tiró al suelo de la embarcación para hacerla rodar como si estuviera apagando un incendio.

—Apártate de ella —dijo Gary Jansen—. No vas a quitárselos de esa manera.

Se agachó junto a Annabel y tiró de la manta. Ésta rodó hacia atrás y adelante mientras se cubría el rostro con las manos, con los insectos pegados a cada trozo de piel desnuda y aferrados a su pelo y a su ropa. Muchos estaban aplastados por las maniobras de Riley, quien seguía dándoles manotazos para intentar salvarla de nuevas picaduras.

Jubal agarró un cubo de agua, lo arrojó sobre Annabel y comenzó a arrancarle los insectos con las manos. Los mozos aportaron inmediatamente más cubos de agua y se los lanzaron una y otra vez, mientras Gary, Jubal y Riley raspaban los insectos empapados con la manta. Ben, finalmente, también se agachó junto a ella para ayudarla a eliminar los bichos de su piel.

Annabel se estremeció violentamente pero no emitió ningún sonido. Su piel adquirió un color rojo brillante cuando sus miles de diminutas picaduras se inflamaron hasta convertirse en ampollas ardientes. Gary rebuscó en el bolso que llevaba, sacó un pequeño frasco y se dispuso a echar un líquido transparente sobre las picaduras. Eran tantas que no era un trabajo menor. Jubal sujetó las manos de Annabel de manera que no pudiera rascarse la picazón desesperante que se extendía a oleadas por todo su cuerpo.

Riley agarró la mano de su madre con fuerza y murmuró algunas tontearías. Sus sospechas anteriores recobraron fuerza. Los diminutos jejenes habían ido directamente a ella. No había nadie más en armonía con la selva tropical que Annabel. Las plantas crecían fuertes y frondosas a su alrededor. Les susurraba y ellas parecían responderle aceptándola como si fuera la Madre Tierra. Cuando su madre caminaba por el patio trasero de su casa en California, Riley estaba casi segura de que podía ver que las plantas crecían delante de ella. Pero si la selva comenzaba a atacarla, es que algo iba terriblemente mal.

Annabel cogió la mano de Riley con fuerza mientras los dos investigadores la ponían en pie y la ayudaban a dirigirse hacia su zona de dormir, que habían hecho un poco más privada colgando hojas y redes de unas pequeñas cuerdas.

—Gracias —dijo Riley a los dos hombres.

Era muy consciente del silencio y la estupefacción que se había producido en cubierta. No fue la única en advertir que el enjambre de bichos blancos solo había atacado a su madre y a nadie más. Incluso los que habían chocado contra su cuerpo habían luchado por ponerse de pie para poder arrastrarse hacia ella como si estuvieran programados para hacerlo.

—Utiliza esto para las picaduras —dijo Gary Jansen—. Puedo hacer un poco más una vez que estemos en la selva si lo agotas. Los mantendrá alejados de ella.

Riley cogió el frasco. Los dos hombres intercambiaron una mirada por encima de su cabeza y su corazón se aceleró. Sabían algo. Fue una mirada significativa. Intensa. Saboreó el miedo en la boca y rápidamente apartó la suya asintiendo con la cabeza.

Annabel intentó sonreír con poco entusiasmo y les dio las gracias con un murmullo cuando los dos hombres se volvieron para marcharse y permitir que las mujeres tuvieran privacidad para buscar picaduras debajo de la ropa.

—Mamá, ¿estás bien? —preguntó Riley cuando se quedaron solas.

Annabel le apretó la mano con fuerza.

—Escúchame, Riley. No hagas preguntas. No importa lo que pase, incluso si me sucede algo debes ir a la montaña y llevar a cabo el ritual. Conoces cada palabra, cada movimiento. Haz el ritual exactamente como te he enseñado. Sentirás a la Tierra moverse a través de ti y...

—No va a pasarte nada, mamá —protestó Riley.

El miedo estaba dando paso a un gran terror. Los ojos de su madre reflejaban cierto nerviosismo interior, y mostraban un conocimiento innato de un peligro que estaba percibiendo, pero que Riley se estaba perdiendo... y una terrible vulnerabilidad que nunca había tenido antes. Ninguna de las parejas casadas de su familia había sobrevivido a la pérdida de un cónyuge, pero Riley estaba decidida a que su madre fuera la excepción. Había estado observándola como un halcón desde que su padre, Daniel Parker, falleciera en el hospital después de un ataque cardíaco. Annabel estaba afligida, pero hasta ahora no le había parecido desesperanzada o fatalista.

—Deja de hablar así, me estás asustando.

Annabel hizo un gran esfuerzo para sentarse.

—Te voy a dar la información necesaria, Riley. Igual que mi madre me la dio a mí. Y su madre se la dio antes a ella. Si no puedo ir a la montaña, la

responsabilidad recaer sobre ti. Eres parte de un antiguo linaje al que se nos ha encomendado una tarea que ha pasado de madre a hija durante siglos. Mi madre me trajo a esta montaña, igual que su madre la llevó a ella. Te lo explicaré. Tú eres hija de la selva nubosa, Riley, has nacido allí igual que yo. Distes tu primer aliento en esa montaña. Metiste el aire en tus pulmones y al hacerlo también lo hizo la selva y toda la vida que crece en ella.

Annabel se volvió a estremecer y cogió el frasco que Riley sujetaba. Con las manos temblorosas se sacó la camisa, aparecieron unos pequeños jevenes que se aferraban a su estómago y se los quitó con sus dedos nerviosos. Riley cogió el frasco y se dispuso a untar el gel calmante sobre las picaduras.

—Cuando mi madre me contaba estas cosas, yo pensaba que estaba siendo dramática y me burlaba de ella —continuó Annabel—. Oh, no a la cara, por supuesto, pero pensaba que era vieja y supersticiosa. Había escuchado las historias de las montañas. Vivíamos en Perú y algunas de las personas mayores de nuestro pueblo todavía comentaban cosas sobre el gran mal que vino antes de que llegaran los incas y que no pudo ser ahuyentado, ni siquiera por sus más feroces guerreros. Historias. Espantosas y aterradoras leyendas transmitidas de generación en generación. Pensaba que esos cuentos se habían transmitido principalmente para asustar a los niños y evitar que se alejaran de la protección de la aldea, pero lo entendí mejor después de que falleciera mi madre. Hay algo ahí, Riley, en la montaña. Algo malo, y nuestra misión es contenerlo.

Riley quería creer que su madre estaba delirando por el dolor, pero sus ojos estaban muy firmes y asustados. Su madre creía en cada palabra de lo que estaba diciendo, y no era dada a dejar volar la fantasía. Riley asintió más por tranquilizarla que porque se creyera realmente la tontería de que había algún mal atrapado dentro de una montaña.

—Vas a ponerte bien —aseguró—. Ya hemos sido atacadas por la «manta blanca» en otros viajes. Estos bichos no son venenosos. No te va a pasar nada, mamá. —Tenía que decir esas palabras en voz alta, pues necesitaba que fueran verdaderas—. Esto fue solo un acontecimiento extraño. Sabemos que en la selva puede suceder cualquier cosa...

—No, Riley. —Annabel cogió la mano de su hija y la sostuvo fuertemente—. Todos los retrasos..., todos los problemas que hemos tenido desde que llegamos... Algo está pasando. El mal de la montaña está inten-

tando deliberadamente que me retrase. Se encuentra cerca de la superficie y está orquestando accidentes y enfermedades. Tenemos que ser realistas, Riley.

Su cuerpo se estremeció de nuevo.

Riley alcanzó su mochila y sacó un paquete de pastillas.

— Antihistamínicos, mamá, tómate dos. Probablemente vas a dormirte, pero por lo menos la picazón parará un rato.

Annabel asintió y se tragó las píldoras con un poco de agua.

— No confíes en nadie, Riley. Cualquiera de estas personas puede ser nuestro enemigo. Tenemos que seguir por nuestra cuenta tan pronto como sea posible.

Riley se mordió un labio y evitó decir nada en absoluto. Necesitaba tiempo para pensar. Tenía veinticinco años y había estado en los Andes cuatro veces, sin incluir cuando nació en la selva nubosa. Este era el quinto viaje que ella recordaba. Caminar por la selva era extenuante, pero nunca se había sentido tan aterrorizada como estaba ahora. Ya era demasiado tarde para darse la vuelta y, por lo que había dicho su madre, no era una opción posible. Tenía que dejar que descansara, y después hablarían. Tenía que aprender mucho más sobre la razón de su viaje a los Andes.

Puso la sábana en su lugar tan pronto como su madre pareció estar completamente dormida, y salió a la cubierta. Raúl, el porteador, la miró y apartó rápidamente la mirada claramente incómodo con la presencia de ambas mujeres. Se le erizó el vello de los brazos. Se los frotó y volvió a caminar junto a la barandilla para intentar poner distancia entre ella y el resto de los pasajeros. Simplemente necesitaba un poco de espacio.

No había suficientes lugares a bordo del barco como para encontrar un rincón tranquilo. Jubal y Gary, los dos investigadores, estaban sentados juntos en uno de los pocos lugares aislados y, a juzgar por la expresión de sus caras, no parecían muy contentos. Ella se mantuvo alejada, pero para hacerlo terminó al lado de Ben Charger, el tercer ingeniero, del que todavía no tenía opinión. Siempre era amable con las dos mujeres, e igual que Jubal y Gary parecía estar tomando una actitud protectora hacia ellas.

Ben le hizo un gesto con la cabeza.

— ¿Tu madre está bien?

Riley le ofreció una breve sonrisa vacilante.

— Creo que sí. Le di un antihistamínico. Esperemos que entre eso y el

gel que nos dio Gary, no se vuelva loca por los picores. Son unos bichitos muy desagradables.

—Debía haber estado usando algo que los atrajera —aventuró Ben, medio afirmando, medio preguntando—. ¿Tal vez algún perfume?

Riley sabía que su madre nunca usaba perfume, pero era una buena explicación. Asintió lentamente.

—No había pensado en eso. El ataque fue tan extraño.

Ben estudió su cara atentamente con los ojos vigilantes hasta que se encontraron con la mirada preocupada de Riley.

—He oído decir que tú y tu madre habéis venido aquí otras veces. ¿Nada de esto os había pasado antes?

Riley negó con la cabeza, agradecida de poder decir la verdad.

—Nunca.

—¿Por qué tú y tu madre habéis venido a un lugar tan peligroso? —preguntó Ben con curiosidad. Una vez más no parpadeó ni apartó los ojos de su cara. La miraba como si fuera un interrogador—. Según tengo entendido ni siquiera los guías han viajado antes a esta montaña. Tuvieron que conseguir la información de otras dos personas de la aldea. Parece un destino muy extraño para dos mujeres. No hay ningún pueblo en la montaña, de modo que no estáis aquí por la lingüística.

Riley sonrió ligeramente.

—El trabajo de mi madre como horticultora y defensora de la protección de la selva tropical nos lleva a muchos lugares. Pero también venimos aquí porque somos descendientes del pueblo de las nubes y mi madre quiere que aprendamos todo lo posible para que su gente no se olvide. —Apretó los labios y se puso una mano a la defensiva en la garganta—. Esa es la razón. Me encanta la selva y disfruto de los viajes con mi madre. Yo en realidad nací en la selva nubosa, así que creo que ella pensó que era una buena costumbre venir cada pocos años. —Miró al guía y bajó la voz—. No estábamos seguras de que estos hombres conocieran realmente el camino, por eso pensamos que era más seguro viajar con todos vosotros.

—Yo nunca había estado aquí —admitió Ben—. He viajado por muchas selvas tropicales, pero no por esta montaña en particular. No sé por qué Don dijo que todos habíamos estado aquí antes. Le gusta pensar que lo sabe todo sobre todo. ¿Es tan peligrosa la selva como dice todo el mundo?

Riley asintió.

—Muy pocas personas han viajado a esa cumbre. Es un volcán y aunque no ha entrado en erupción desde hace más de quinientos años, a veces sospecho que está despertando, aunque sobre todo por la forma en que los nativos hablan de ello. Hay una historia que ha sido transmitida por las diversas tribus locales sobre esa montaña, así que la mayoría la evita. Es realmente difícil encontrar a un guía dispuesto a viajar hasta ella. —Frunció el ceño—. En verdad provoca una sensación desagradable. Te sientes cada vez más inquieta cuanto más alto subes.

Ben se pasó ambas manos por el pelo, casi como si estuviera nervioso.

—Todo este lado de la selva parece plagado de leyendas y mitos. Nadie quiere contárselos a los extranjeros, y todos parecen explicar que hay una criatura que se alimenta de las vidas y la sangre de los vivos.

Riley se encogió de hombros.

—Eso es comprensible. Prácticamente todo en la selva tiene que ver con la sangre. He escuchado los rumores, por supuesto, y nuestro guía nos dijo que no fueron los incas los que destruyeron al pueblo de las nubes, ni los españoles. Los lugareños y sus descendientes hablan de un gran mal que los asesinaba por la noche, les chupaba la vida y volvía a unas familias contra otras. Los guerreros de las nubes eran feroces en las batallas y cariñosos en su vida hogareña, pero supuestamente la gente fue muriendo poco a poco o tuvo que huir de la aldea por culpa de los incas. Cuando los incas llegaron para conquistar a los pueblos de la selva, al parecer la mayoría de los guerreros ya estaban muertos. Se rumorea que los incas sufrieron la misma suerte que los que se tuvieron que enfrentar al terrible depredador. Sus más bravos guerreros murieron los primeros.

—Eso no aparece en los libros de historia —dijo Ben. Sin embargo, ella tuvo la sensación de que no estaba sorprendido, de que ya había escuchado la versión que comentaban. Había muchas historias más, por supuesto, cada una más aterradora que la anterior. Cuentos de víctimas desangradas, y de las torturas y horrores que habían soportado antes de ser asesinados—. ¿Estás hablando de vampiros?

Ella parpadeó. El hombre había deslizado la pregunta de forma casual. Demasiado casualmente. Ben Charger tenía otra agenda además de la minera para viajar a esta región apenas explorada. ¿Viejas leyendas? ¿Quería escribir sobre ellas? Cualesquiera que fueran sus razones, Riley estaba segura de que no tenían nada que ver con la minería. Frunció el ceño pensando en ello.

¿Podría ser un vampiro la entidad maligna de la que murmuraban? El mito del vampiro parecía existir en todas las culturas antiguas.

—Honestamente no tengo ni idea. Nunca he oído hablar de que a la entidad se la llamara vampiro, pero los idiomas han cambiado tanto a lo largo de los años que se pierde bastante en la traducción. Supongo que es posible. Los murciélagos vampiro desempeñan un papel importante en la cultura inca y entre los chachapoyas también. Por lo menos basándome en lo poco que me contó mi madre y en lo que he conseguido averiguar por mi cuenta, no hay demasiado más que investigar.

—Fascinante —dijo Ben—. Si tenemos la oportunidad me gustaría escuchar más historias. Me parecen culturas interesantes, y aquí, en esta parte de la selva, las tribus y sus historias parecen estar rodeadas de misterio, lo que me intriga aún más. Tengo un poco de escritor aficionado y cuando estoy explorando una nueva región aprovecho cualquier oportunidad para aprender lo que pueda sobre los mitos antiguos. Me parece que en cualquier lugar donde vaya, ciertas criaturas legendarias siempre aparecen en las culturas de todo el mundo. Es intrigante.

Riley se volvió al oír un suave sonido y vio que su madre estaba cerca. Annabel le pareció muy indefensa, tenía el rostro hinchado por las picaduras y observaba a Ben con mucha atención y suspicacia. Ella la miró sorprendida. Su madre era la mujer más abierta y afable que había conocido. No tenía un gramo de suspicacia en el cuerpo. Siempre compartía la información, estaba a gusto con todo el mundo y la mayor parte de la gente se sentía atraída por ella. Riley siempre sentía que tenía que proteger a su madre pues, al contrario que ella, era muy confiada.

Annabel parpadeó y su mirada de sospecha desapareció. Entonces simplemente se quedó mirando a Ben. A Riley le parecía que su mundo estaba del revés. Nada ni nadie, ni siquiera su madre, le resultaba familiar.

—Deberías descansar, mamá. Tantas picaduras pueden hacer que te enfermes.

Annabel negó con la cabeza.

—Estoy bien. El gel que me dio Gary es muy reconfortante. Me quitó la picazón, y ya sabes que las picaduras no son venenosas. Gary y su amigo deben saber mucho sobre las propiedades de las plantas. El gel funciona de verdad.

Ben miró a los dos hombres. Aunque ambos eran claramente norteamer-

ricanos, Gary y Jubal habían viajado desde algún lugar de Europa para buscar una planta mítica con extraordinarias propiedades curativas que supuestamente crecía en lo alto de los Andes. Por la expresión de su cara, Ben pensaba que ambos hombres estaban un poco locos.

Annabel agarró de la mano a Riley, hizo un gesto con la cabeza a Ben y la acercó al centro la barandilla del barco donde podían estar solas.

El río se estrechaba y había zonas en que las grandes raíces de los árboles que había a lo largo de la orilla casi arañaban el casco. Filas de murciélagos se balanceaban en lo alto de los árboles dando lugar a una visión escalofriante. Eran grandes y colgaban boca abajo entre el espeso follaje. Riley ya había visto lo mismo antes, incluso cuando era niña, pero por alguna extraña razón esta vez era perturbador, como si los murciélagos estuvieran inmóviles esperando la oscuridad para comenzar su cacería... esta vez de una presa humana. Sintió un pequeño escalofrío provocado por su propia fantasía dramática.

Estaba permitiendo que el nerviosismo que le producía estar confinada se apoderara de ella. Tenía que ser sensata. Los murciélagos eran grandes y sin duda eran vampiros que se alimentaban de sangre caliente..., pero dudaba de que su hambre fuera personal y ciertamente no estaban simplemente esperando que apareciera un barco desprevenido lleno de humanos.

Sintió que unos ojos la miraban, se volvió y vio que Don Weston la observaba fijamente. Sonrió y fingió disparar un rifle imaginario a las criaturas inmóviles. Riley se dio la vuelta. Le molestaba la necesidad de Weston de ser siempre el centro de atención. Pero su reacción ante los murciélagos era muy parecida a lo que sentía ella... y para nada quería tener algo que ver con ese hombre.

Volvió su atención de nuevo a su madre, cogió su mano y la sujetó con fuerza. Esa mañana habían dejado el río principal y comenzado a viajar por el afluente hacia una de las regiones más remotas del Perú. La jungla se cerraba a su alrededor, a veces casi arañando los lados de los dos barcos que navegaban dificultosamente río arriba. La selva estaba en movimiento continuo, casi parecía como si los animales los estuvieran siguiendo. Los monos los observaban con sus grandes ojos redondos. Los coloridos guacamayos revoloteaban sobre sus cabezas, y entraban y salían a toda prisa por el follaje.

Sin duda se estaban adentrando en el mundo de la selva profunda, la jungla exuberante de misterio que cada segundo que pasaba se hacía más remo-

ta y peligrosa. El río se estrechó y el aire se llenó de los misteriosos olores acres de la selva. Reconocía las señales. Pronto sería imposible navegar por él. Se verían obligados a abandonar los barcos y a avanzar penosamente a pie a través de la jungla. A diferencia de muchos lugares de la selva donde era fácil caminar porque muy pocas plantas podían vivir en su suelo por no haber demasiada luz, esta zona era muy frondosa. Había viajado mucho, pero los olores y la quietud de este lugar era algo que nunca había encontrado en ningún otro lugar de la tierra. A diferencia de cualquiera de sus visitas anteriores, esta vez Riley sentía un poco de claustrofobia.

—Eh, Mack —llamó Don al otro ingeniero— ¿qué diablos está pasando ahora? Juraría que la selva está viva.

Soltó una risa nerviosa cuando señaló la extraña forma en que las ramas caían hacia abajo y se dirigían hacia ellos a medida que pasaba el barco.

Todos se volvieron a mirar la orilla más cercana mientras una gran ola verde los seguía. Cada rama temblaba y las hojas se desplegaban y extendían sobre el agua como si quisieran impedir que avanzaran río arriba. El primer barco había salido ileso, pero en el momento en que el segundo barco se acercó a la orilla, las hojas los alcanzaron. La excitación era escalofriante, como si la selva realmente tuviera vida como decía Don.

El corazón de Riley se aceleró. Había visto el fenómeno muchas veces antes. Su madre atraía a las plantas allá por donde iba. No lo podía ignorar. La fuerza magnética que tenía nunca había sido tan fuerte, pero el espeso follaje a lo largo de ambas orillas le daba la bienvenida con los brazos abiertos, incluso creciendo unos centímetros para intentar tocarla. Nunca era bueno atraer demasiada atención sobre uno mismo cuando estaban cerca los supersticiosos guías y porteadores. Riley sintió una profunda necesidad de proteger a su madre. Se interpuso entre ella y la orilla, agarró la barandilla con ambas manos y, sorprendida, miró fijamente con los ojos muy abiertos a las plantas que se desplegaban.

—Guau —añadió al repentino murmullo—, esto es increíble.

—Es espeluznante —dijo Mack apartándose de la barandilla.

Los porteadores y el guía miraron fijamente las plantas y árboles que se estiraban, y enseguida volvieron la vista directamente a Annabel. Cuchichearon entre ellos. Riley sintió otras miradas sobre ellas. Gary y Jubal también estaban observando a su madre. Solo los tres ingenieros miraban exclusivamente a la selva que se cerraba en torno a ellos.

Los dos barcos continuaron río arriba acercándose a la montaña. Unos caimanes negros, dinosaurios gigantes del pasado, se estaban asoleando en las orillas observando con un ojo hambriento las pequeñas embarcaciones que invadían su espacio. Unas grandes nubes de insectos negros les picaban cada centímetro de piel que estuviera expuesta y se quedaban atrapados en el pelo, e incluso entre los dientes. Esta vez eran mosquitos y otros insectos que chupaban sangre. No había nada que hacer más que soportarlo. Debajo de ellos, las oscuras aguas eran poco profundas, lo que les hacía avanzar más lentamente. Dos veces el barco se tuvo que detener para que lo liberaran de los juncos que se levantaban ávidamente y se enredaban en la parte inferior del motor y la hélice. Cada vez que eso ocurría, el barco se tambaleaba inesperadamente haciendo que todos se cayeran en la cubierta.

Weston se levantó maldiciendo, se tambaleó hacia un lado y escupió en el agua.

—Esto es ridículo. ¿No podrías haber encontrado otro camino? —preguntó a su guía, Pedro.

El guía le lanzó una mirada tensa.

—No hay una manera más fácil de llegar a ese lugar donde quiere ir.

Weston apoyó su trasero en la barandilla mientras apuntaba al guía con un dedo.

—Creo que solo estás intentando conseguir más dinero, y eso no va a suceder, amigo.

Pedro murmuró algo en su lengua a los dos porteadores.

«A este se lo puede comer la selva». Entendió Riley. Y no lo culpó.

El guía y los porteadores se rieron.

Weston encendió un cigarrillo y miró hacia el agua oscura. El barco se tambaleó de nuevo y de pronto, cuando todos estaban intentando levantarse desesperados, dio un vuelco enorme. Weston se cayó hacia adelante y se quedó colgando de la barandilla. Todo el mundo saltó a ayudarlo mientras colgaba precariamente con los brazos hacia abajo muy cerca del agua.

Riley lo agarró por la hebilla del cinturón, y Annabel se puso a un lado para sujetar sus brazos. En el momento en que Annabel se inclinó para sujetar los brazos de Weston, el agua cobró vida como un caldero hirviendo y se volvió plateada con áreas de lodo rojo.

—¡Mamá! —gritó Riley poniéndose junto a su madre, todavía al lado de Weston.

Su peso tiraba de todos hacia adelante.

Los demás se apresuraron a ayudar mientras Annabel se deslizaba más hacia la oscuridad, hacia el agua llena de juncos, ahora hirviendo por el frenesí de las pirañas. No había sangre en el agua, por lo que la confusión no tenía sentido. Para horror de Riley, los peces comenzaron a saltar fuera del agua, cientos de ellos. Sus cuerpos estrechos y sus cabezas planas salían del río como cohetes mostrando sus mandíbulas triangulares con afilados dientes que se abrían y cerraban haciendo un terrible repiqueteo.

Aunque las historias de pirañas histéricas abundaban, Riley sabía que eran muy raros los ataques contra personas. Había nadado con ellas en varias ocasiones. Este raro comportamiento era extraordinario, tan antinatural e inquietante como el ataque de la «manta blanca». E igual que había ocurrido con aquella especie de plaga, parecía que las pirañas estaban decididas a llegar hasta su madre, y no les importaba Don Weston.

Fue Jubal quien cogió a Annabel, tiró de ella lejos de la barandilla, y prácticamente la lanzó hacia Gary. Después agarró a Weston y también lo arrastró de nuevo a cubierta. En vez de estar agradecido, el ingeniero dio una palmada en las manos de Jubal, maldijo y se deslizó hacia al suelo para sentarse en la cubierta muy jadeante. Miraba a Pedro y a los dos porteadores como si los tres hombres hubieran intentado asesinarlo deliberadamente.

El guía y los dos porteadores observaban a Annabel de una manera que hizo que Riley hubiera deseado haber tenido escondida una pistola cerca. Antes de que nadie pudiera hablar, el barco casi se quedó encallado, y los dos nativos volvieron a su trabajo. Una rama baja que estaba sobre ellos se hundió, y una serpiente se dejó caer en cubierta con un golpe seco a la derecha de las botas de Don Weston.

—Que nadie se mueva —siseó Jubal cuando la serpiente se quedó mirando fijamente al ingeniero—. Esta víbora es muy venenosa.

Pedro, el guía, se dio la vuelta y cogió el machete que tenía siempre cerca. Antes de que pudiera dar un paso, la víbora hizo un giro brusco y se lanzó hacia Riley, que se tropezó con su madre. Pero la serpiente brilló entre sus piernas y se dirigió directamente hacia Annabel. Gary Jansen la levantó y se dio la vuelta sosteniéndola en el aire mientras Jubal empujaba a Riley a un lado, y gritaba al guía con las manos levantadas.

Pedro le lanzó el machete y con un movimiento suave, Jubal golpeó con la hoja afilada el cuello de la víbora y le cortó la cabeza. Hubo un momento

de silencio mientras Gary bajaba a Annabel a cubierta sosteniéndola con fuerza para que no se cayera.

— Gracias — susurró Riley en voz baja a los dos investigadores sin intentar ocultar que estaba muy nerviosa.

Su madre la miró con los ojos tristes. El mundo de Riley se desmoronaba. Capa, Raúl y Pedro miraron a su madre con la misma expresión que tenían cuando vieron a la víbora por primera vez. Se podrían ver en un verdadero problema si los guías y porteadores se volvían hostiles hacia ellas. Riley cogió la mano de su madre y la sujetó con fuerza.